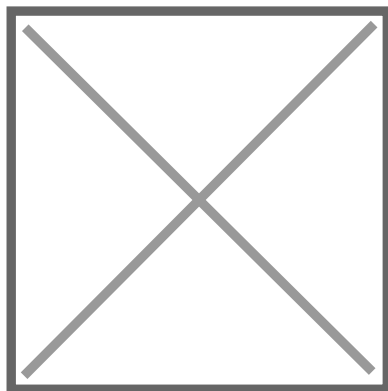




Enrique Krauze: "El Intelectual Debe Criticar al Poder"

Director de la revista «Letras Libres», presidente de la editorial Clio, ingeniero, doctor en Historia y autor de una abundante obra, Enrique Krauze (Ciudad de México, 1947) es uno de los más activos protagonistas en la producción de ideas del México actual.

POR ENRIQUE PORTILLA FUENTES

COMO Plutarco, en «Mexicanos eminentes», usted parece optar por una óptica centrada en los individuos. ¿Qué es más importante: el hecho histórico o los protagonistas?

Es un viejo tema, si los actores colectivos o individuales son los motores de la historia, ambos cosas son ciertas. Hay «grandes fuerzas impersonales», como las llama T.S. Eliot; pero por otro lado existe también el motor del individuo. Para bien o para mal, el motor de individuos excepcionales. Esto no es incurrir en una mitología muy amarillista, el centrar la historia de los pueblos en los individuos, sino simplemente reconocer algo que en el siglo 20 sucedió de manera muy acusada: no hubiese habido II Guerra Mundial sin Hitler ni salvación a esa guerra sin Churchill. La del biógrafo es una visión, hay algo de elección profesional en esta óptica. El biógrafo se ocupa de individuos y en nuestros países hispanoamericanos la biografía ha sido un género muy poco atendido.

La grandeza histórica de esos personajes se mide en términos de virtud pública. Muchas veces es el poder el que la evita. ¿Cuál es la distancia ideal entre intelectuales y poder, y cómo percibe esta relación en el México actual?

Yo creo que el rol del intelectual es el de criticar al poder, si quiere seguir siendo intelectual, y no incorporarse a él. Hay una tentación que viene desde la época imperial, desde la vieja cultura política española del letrado muy cerca del monarca. Pienso que la función del intelectual debe ser más bien la de tener distancia, ser un «espectador crítico», como diría Ortega y Gasset, del poder. En México, tradicionalmente los intelectuales ocupaban puestos públicos, se incorporaban al poder sacrificando su punto de vista crítico, incluso su vocación de escritores. Esto ha ido cambiando en los últimos años de manera muy marcada. Hay un público lector, leído, que está esperando que los intelectuales se expresen desde un punto de vista crítico; es parte de lo que ha sido el cambio democrático en México. Un síntoma de la creciente salud política de México es la distancia, que no tiene que ser enemistad, ni siquiera antipatía, simplemente una distancia crítica de los intelectuales con respecto al poder.

Refiriéndose a la decadencia de la lectura, Nicanor Parra dice que estamos en una nueva Guerra del Peloponeso, que tarde, mal y nunca un filósofo o un poeta llegan a la pantalla chica, que está llena de futbolistas, soldados y músicos. ¿Qué opinión le merece esa sentencia?

Es muy ingeniosa. Como negar que los medios de comunicación electrónicos atenten a los nuevos generadores mucho más. Es un desafío interesante para los escritores, creo que podemos utilizar esa pantalla haciendo documentales, programas, series interactivos en Internet en beneficio de los lectores. Los escritores que le tienen miedo a la pantalla chica o a Internet, tienen una actitud equivocada, hay más bien que aprovecharlos en favor del enriquecimiento cultural. Sin embargo, yo no creo que la televisión ni Internet vayan a desplazar al libro, nunca. Hay algo esencial, intelectual, digno, en la permanencia del libro.

En «Mexicanos eminentes», usted ha hecho un retrato, aunque parcial, del paisaje intelectual mexicano, ¿cuáles figuras incluiría en un ejercicio similar, pero a nivel de América Latina?

Siempre está la tentación para hacer comparaciones entre los lectores de este periódico que admito. De hecho estoy trabajando en ese libro, ya no sobre mexicanos, sino sobre los hispanoamericanos eminentes. Y claro, allí la nómina es muy amplia en el siglo 20. Deben estar Vargas Llosa, García Márquez, Jorge Ibarra, Borges, Neruda y escritores que escriben sobre dictadores en América Latina, que es todo un género; escritores que se volvieron revolucionarios o guerrilleros... Es un tema inmenso.

¿Se refiere usted al anunciado libro «Personas e ideas»?

No. Ese libro es una colección de entrevistas poco conocidas en América Latina, que fueron publicadas en la revista «Vuellos» y que realizó a través de veinte años con figuras como Isaiah Berlin, Jorge Luis Borges, Leszek Kolakowski y otros, es más bien una amplia colección de conversaciones intelectuales.



Bocetos Biográficos

POR FRANCISCO JOSÉ FORCÍ

HAY libros cuyo prólogo o epílogo tienen a lo menos uno o más vastos y permanentes que el cuerpo mismo de la obra. Eso ocurre, por ejemplo, en La decadencia de Occidente, de Spengler. Algo parecido sucede con La alegoría del amor, de C. S. Lewis, cuyos dos o tres capítulos introductorios pertenecen a la cultura general, mientras los siguientes son, más bien, sacados para especialistas. Es también el caso, guardadas las proporciones, de Mexicanos eminentes.

Krauze (1947) es un ingeniero e historiador prolífico, cuya obra anterior se ha centrado principalmente en la historia mexicana desde la perspectiva de las personalidades sobresalientes en su vida pública, entre 1810 y el último Presidente del PRI. Tal es la línea dorsal de su voluminosa trilogía Siglo de caudillos. Biografía del poder (traducida recientemente al inglés) y La presidencia imperial. Los títulos no «decanan», así como el subtítulo de la introducción de la primera obra: «Plutarco entre nosotros». Plutarco es el modelo del cual el autor recoge lo que cree una lección fundamental de nuestro tiempo, a saber, «la revaloración del papel del individuo en la historia... El hombre es el protagonista de la historia». Krauze asigna gran importancia en la visión histórica del siglo XX —vía la revolución rusa— a los historiadores rusos, marcados por el crepúsculo de Tolstói: los movimientos históricos son irreducibles a la influencia de los «grandes hombres» que los precipitan; una ley natural determina la vida de los hombres, más bien, incapaces de escapar o cambiar el proceso. Lo repetición como una sucesión de actos deliberados de personas a quienes atribuyen virtudes heroicas, pero tales héroes no son sino como los canchales que el pastor elige para enseñar el rebato. «Es preciso —señala el autor— renunciar a una libertad ilusoria y reconocer una dependencia de la que no somos, ni podemos ser, conscientes».

Más tarde, los historiadores rusos caen bajo el influjo de Georgy Plajánov, padre del marxismo ruso, quien alientaba una «confada sociología histórica»: los designios del pastor coinciden con los intelectuales profundando el rebato: el connotado conductor puede hacer un gran servicio a sus congéneres, «viendo más que ellos, descomulgando más frecuentemente que ellos», siendo un héroe cuando su «actividad constituye expresión consciente y libre de ese caso necesario e ineludible».

A esta visión de inevitabilidad de los procesos históricos, Isaiah Berlin opone la de la citabilidad, basada en la afirmación de la libertad y la responsabilidad individual. Fue antes la visión de Huidobro y Cicerón. Deconstruido en la historiografía cristiana medieval, renació con fuerza en

el Renacimiento, que amó a Plutarco, como lo atestiguan Montaigne y «el mayor plutarquismo» de esa época, Shakespeare. Algo eclipsado durante la Reforma y la Contrarreforma, renació en el Siglo de las Luces (Hume, Voltaire, Rousseau). El siglo XIX se oscureció entre Hegel, quien proclamó que los hombres son meros agentes en la marcha del Espíritu hacia la Razón que Iluminamos Historia, y Carlyle, que, por el contrario, sostuvo que «la historia del mundo es solamente la biografía de los grandes hombres». Nietzsche llevaría una tesis a la divinización del líder, mientras, en el otro extremo, Emerson afirmaría que, si bien «no existe propiamente historia, sino biografía», las historias son sólo «historias mayores, aunque de siempre iguales».

El autor concuerda en comunión con Russell: «Cero que los individuos destacados han tenido una gran participación en el moldeo de la historia. No creo que si Shakespeare y Milton no hubiesen existido, algún otro hubiese escrito sus obras. Si los cien hombres de ciencia más destacados del siglo XVII hubiesen muerto en la infancia, la vida del hombre común en todas las comunidades industriales habría sido completamente distinta de la que es». Krauze estimó ingenuo «un optimismo ciego sobre la libre voluntad individual en el moldeo de la vida colectiva», pero «el hombre tiene, con todo, un voto de calidad en la historia. Por eso, la historia escrita no puede prescindir de la biografía. Por eso, a dos mil años de su obra, Plutarco nos representa a todos».

Tras el amplio vuelo de esta introducción, los personajes cuyos bocetos biográficos se presentan resultan, sin embargo, poco penetrables los no especializados en historia de México. Algunos podrían quejarse sobre las fronteras de su país, pero el lector corriente difícilmente podrá valorar por sí mismo la interpretación psicológico-histórica de la figura y obra de cada personaje, pues se omite aquí toda referencia a los hechos en que se sustentan; no cualquiera sabrá, por ejemplo, quién fue José Reyes Heróles, ni lo sabrá tras leer este solo libro. Tal vez, este adquiera una dimensión de ferretería, como aparece de la referida trilogía al mismo autor.

En suma, la introducción es internacional; el resto, mexicano.

MEXICANOS
EMINENTES

Enrique Krauze
Fuentes Editoriales México
1999, 102 páginas



"El Intelectual debe criticar al poder" [artículo] Enrique Portilla Fuentes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Krauze, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El Intelectual debe criticar al poder" [artículo] Enrique Portilla Fuentes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile